

CRÓNICAS

CRÓNICA DE LA BEATIFICACIÓN DE SOR MARÍA GABRIELLA

El 25 de enero, fiesta de la Conversión del Apóstol de los gentiles y clausura del Octavario de la Oración para la Unidad de los Cristianos, el Papa Juan Pablo II solemnemente beatificó a nuestra hermana trapense María Gabriella Sagheddu, a quien llamamos ahora Sor María Gabriella de la Unidad puesto que ofreció su vida por esa causa.

Participé en ese acto eclesial y trataré de contar breve y sencillamente lo que viví.

En esa tarde de sol que parecía primaveral, se apiñaban millares de fieles delante de las cancelas de la Basílica de San Pablo Extramuros. Nosotros, sus hermanos y hermanas trapenses, habíamos dejado provisoriamente la clausura para poder participar más de cerca en la fiesta de nuestra primera hermana beata. Se encontraban entre nosotros algunas hermanas ancianas de Vitorchiano que habían conocido y convivido con Sor Gabriella e impactaban por la sencillez y la alegría de su fe. La gente se les acercaba pidiéndoles recuerdos, impresiones, pensamientos espirituales de Gabriella. Hubo un muy espontáneo intercambio de mensajes entre los hermanos del claustro y los hermanos de afuera: Sor María Gabriella atraía y llevaba a la alegría de una comunión profunda comenzando por regalar una sencilla amistad entre las personas.

La Hermana Paolina, una anciana que se apoyaba en mi brazo, casi aturdida por el rápido paso de la paz del monasterio al ruidoso y apremiante movimiento de la gente afuera de la Basílica, exclamaba con transparente bondad: “Espero que la entrada al Paraíso sea más fácil y tranquila”, mientras respondía con serena amabilidad a seminaristas ávidos de informes directos acerca de la nueva Beata.

Concurrieron también representantes de las diversas iglesias cristianas con sus delegaciones. Un profundo gozo espiritual nos invadió cuando reconocimos al Abad Benedictino Anglicano de Nashdom –monasterio estrechamente relacionado con la comunidad de Vitorchiano– y a Frère Roger de Taizé.

Cuando el Supremo Pastor ingresó al templo, resonó, junto con grandes aplausos, dulce y poderoso, el canto del Ave María en dialecto sardo, entonado por los numerosos peregrinos provenientes de Cerdeña, tierra natal de Sor María Gabriella. La ceremonia se desarrolló en un clima de profundo recogimiento; todos deseábamos crecer por medio de la fe en el misterio de Cristo que se realiza plenamente en sus santos, y esta vez se nos comunicaba a través de la “pequeña” Gabriella, alma de tan grandes deseos como grande es la Iglesia de Dios. Animaban los cantos un grupo de hermanas de Vitorchiano y todos los presentes participaban activamente. Concelebraron con el Papa algunos cardenales, entre los cuales se encontraba Eduardo Pironio; también los obispos de Viterbo, Frascati y Nuoro, y el Padre General de los Trapenses.

El Papa proclamó a la nueva Beata antes del canto del “Gloria”, y al toque de campanas fue descubierta una imagen de ella colocada en el ábside, bajo el impresionante mosaico del Cristo Pantocrator. Enseguida, todo y todos cantamos “Gloria” con alegría al Padre por esta hija suya que tanto se configuró a Cristo, hasta consumir, como El, su sacrificio por la unidad del Rebaño. En ese preciso momento pedí al Señor para todos los monjes, y en particular para los de América Latina:

– un amor más grande a la alabanza de nuestro Dios,

- un deseo más hondo de la humildad de Cristo,
- una entrega total a la unidad de nuestras iglesias monásticas que son reflejo y expresión de toda la Iglesia.

Una de las lecturas fue realizada en inglés por una hermana norteamericana de la comunidad de Vitorchiano y después el Santo Padre fue recorriendo en su homilía los puntos sobresalientes en el camino de conversión de san Pablo: el llamado personal, la consiguiente identificación con Cristo crucificado, la oración. Estos tres elementos, base de todo ecumenismo espiritual, entretejieron la breve pero rica historia de Gabriella. La conversión del corazón, fuente primaria de unidad, fue primero el ideal y el impulso de la jovencita de la Acción Católica, y después, de la trapense. De la vivencia de este ideal brotó la última llamada de entrega total a Dios y a los hermanos. Constantemente prefirió el amor a Cristo, su Esposo, dentro de la “nada” de su vida y de su muerte. De esta manera llegó a estar plenamente unida al “Rey de su corazón” y a ser medio eficaz para el establecimiento de su reinado en todos los corazones, como lo deseó y pidió en el día de su profesión monástica.

Con la Oración de los Fieles concluyó la Liturgia de la Palabra. Una novicia indonesia que se está formando en Vitorchiano pronunció en chino –su lengua paterna– una de las intenciones. Palpábamos la presencia de la Iglesia universal que cual pródiga madre pendiente de las necesidades de sus hijos y de todos los hombres, las recogía y las presentaba a la misericordia del Padre, confiada en la intercesión de san Pablo y de María Gabriella.

Fue muy característica la procesión de las ofrendas: la abrió una pareja de Cerdeña vestida con el traje típico de la ciudad de Nuoro. Detrás le seguían dos hermanas ancianas de Vitorchiano que presentaron ornamentos litúrgicos. Otro matrimonio de Orgósolo –pueblecito de Cerdeña– llevó al altar pan típico llamado “papel de música”. Otros presentaron un corderito con un moño rojo, queso sardo, una alfombra, un chal... Cerraron la procesión dos hermanas benedictinas de Alcamo; una de ellas, Sor María Pía Manno, recuperó la vista por intercesión de Sor María Gabriella. La *schola* los acompañaba entonando: “Oh Iglesia, pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu, en Ti mi morada para siempre”, también “Donde están el Padre, El Hijo y el Espíritu Santo, allí está la Iglesia, Cuerpo de la Trinidad”.

Finalizada la Liturgia Eucarística, mientras numerosos sacerdotes repartían la Comunión a los fieles, comulgaron de las manos del Santo Padre los hermanos carnales de Gabriella: Salvatore y Giovanna, parientes y amigos de Cerdeña y algunos hermanos y hermanas trapenses. Significó una gracia extraordinaria recibir el Cuerpo del Señor de las manos de su Vicario en la tierra y cabeza visible de la Iglesia. Todo el pueblo de Dios, presente en la Iglesia de Roma, centro y roca de todo el mundo, caminaba y cantaba a voz en cuello: “Un solo Señor una sola fe...”.

Después de la celebración el Papa se entretuvo con unos niños sardos con sus vestimentas típicas y no faltaron los saludos a los monjes cistercienses.

La noche nos vio retirarnos con el alma traspasada por el misterio de la misericordia de Dios que crea a sus santos, y por el amor de la Iglesia que reconoce y pone su sello sobre los que, como Sor María Gabriella, pasan por la tierra obedeciendo a la voz del Padre, a ejemplo del Hijo. Nos hundimos en un silencio de gratitud y adoración. En este día, una parte del cielo entró en nuestra tierra, y una parte de nuestra humanidad vislumbró el cielo.

Sor María Gabriella ha ingresado en nuestra historia de salvación. Es una vida que nos lleva “a reflexionar, imitar, profundizar, sufrir y rezar para arraigar siempre más en Cristo nuestro camino de conversión”, como dijo el Papa durante la homilía. Hermana de todos los monjes que profesamos la Regla de san Benito, nos ayudará a seguir el camino duro y áspero, pero al mismo tiempo gozoso y lleno de amor, de la “*conversatio morum*”, para que Cristo viva y se manifieste totalmente a través de nuestra fiel y escondida entrega hasta que se realice el deseo de Jesús de que todos los hombres sean uno en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

*Monasterio de la Madre de Cristo
Hinojo (Prov. de Buenos Aires)
Argentina*